

KIKO AMAT

---

*Revancha*



Una novela adictiva, violenta y vertiginosa, sobre venganza, amor y ultras.

Amador es el consejero y número dos de la facción criminal de Lokos, el grupo ultra del FC Barcelona. Extorsionan, pegan palizas por encargo, mueven droga y destruyen a bandas de traficantes o ultras enemigos. Su kapo es Alberto Cid, alias el Cid, un psicópata catalán sin alma ni escrúpulos. Amador y el Cid, legendarios skinheads neonazis del gol sur durante los ochenta y noventa, fueron inseparables durante años, hasta que algo les separó. Amador acarrea muchos secretos, y el mayor de ellos es su homosexualidad. César «Jabalí» Beltrán fue rugbista y ahora se gana la vida vengando por encargo a víctimas de pederastas y atropelladores en fuga. Un secuestro, una redada y un botín desaparecido hacen que la vida de César y la de Amador se entrecrucen, con resultados imprevisibles para ambos.

## Índice de contenido

Cubierta

Revancha

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para Eugènia, Boi y Lluç*

*Para mi padrino Pep Romeu, in memoriam*

*Was every move I made designed to extract payment  
from the world for the hell I dwelt in?*

*The Nothing Man,*  
JIM THOMPSON

*Bad's quite good when it's all you've ever had*

«Hooligans Don't Fall in Love»,  
THE BEAUTIFUL SOUTH

## 1

El gallego aparece en el hall del hotel. Al primer vistazo sabes que es el hombre que andáis buscando, y que va a sucederle algo malo, porque la gente como él siempre saca lo peor de la gente como vosotros.

Es ese, os dice el Cid. El gallego sale del ascensor de puertas doradas y luego da unos cuantos pasos hacia la recepción. Se desplaza con las puntas de los pies, como una bailarina. Lo repasa. Camisa negra abierta a la altura de los pezones, arremangada por debajo del codo. Vaqueros negros, quizás Versace. Una americana clara doblada en su antebrazo. Mocasines blancos, sin calcetines. El pelo negro en media melena recién duchada. Barba de dos semanas, recortada con cariño.

Cierras los ojos e imaginas el aroma a limones que el jabón pintó en su nuca. Es una maldita pena, te dices, que un hombre así de atractivo y rico sea gallego, ande de puntillas y le haya dado por meterse en el mismo dialo que vosotros. En otro mundo y otra vida, tú y él podríais haber empezado algo.

El gallego pone sus manos sobre el alabastro de la recepción, extiende una sonrisa que parece una guirnalda y se pone a charlar con el recepcionista, que asiente varias veces, como un esclavo, lo que usted diga señor, de acuerdo señor, ahora mismo le chupo la polla señor, si me hace el favor de bajarse la cremallera, así es perfecto señor.

Si el gallego tuvo alguna vez una oportunidad de salir ileso, se esfuma cuando aparecen dos chicas jóvenes en el hall, dan saltitos hacia él, supones que grititos también,

aunque desde donde estáis aparcados no puedes oírlas. Él se vuelve hacia ellas, su sonrisa se extiende aún más, si continúa así le dará la vuelta a la clepsa.

Las chicas se colocan a ambos lados de su cuerpo y le echan un brazo a la cintura, y él besa a una en una mejilla, luego a la otra. Llevan vestidos blancos ligeros, pese a que es octubre y ya refresca. Tan altas como él, sin tacones. Cenceñas pero curvadas, bronceadas, en la veintena. Cinturas de insecto, de esas que solo se ven en las revistas. Pelo largo y azabachoso, liso, con suaves guedejas de peluquería. Sandalias hippys, en cuero claro, que cuestan lo que el sueldo mensual de un peruano.

Quizás sean hermanas. No con él. Con él son lo que son. El gallego está casado con una rubia de belleza asexuada y expresión plana. En la foto que viste de ella en Facebook llevaba una trenza dorada que le colgaba hombro abajo hasta medio pecho. Posaba delante de una casa de montaña tradicional, en Suecia o Noruega, uno de esos sitios.

Continuaste cribando su página, como te había ordenado el Cid. Tenían ñatos. «La parejita», como decía una de las entradas: moreno y rubia. Unas caras de mierdecillas mimados que te dieron ganas de entrar físicamente en Facebook y empezar a repartir glebas, como le dijiste al kapo por un lado de la muza. Él no se rió. Casi nunca se ríe.

Rascaste el ratón. Una villa de montaña y otra de mar. Un fox terrier con expresión de pasarse de listo. Un yate, paddle surf, tenis. Amigos en las alturas. Viñedos, chefs famosos, actores de cine español. Abuelos mimosos con dentaduras fluoradas. El anuncio de una vida ideal, la que todo el mundo desearía tener.

Supiste entonces que, aunque el gallego no hubiese decidido meterse en el dialo de la farlopa en Barcelona, incluso si el Cid no hubiese decidido darle un escarmiento, aquella página de Facebook había firmado su sentencia. Ser rico y exitoso, de padres dulces y familias estables, no



era un requisito para que te reventaran los Lokos. Pero si lo eras, si lo tenías, algunos de ellos disfrutaban más reventándote. Especialmente tú.

Estallan a carcajadas. Deduces que el plan del trío será cenar en Sitges o Barcelona, porque Castelldefels solo es un cadáver que se descompone, hotel a hotel, en un extremo del delta del Llobregat. Más tarde, de vuelta en la suite, él les pondrá un par de gordas sobre la mesa de cristal, que aspirarán primero una y luego la otra, y luego se las follará, ahora un coño y ahora el otro, mientras traga cápsulas de sildenafil y se sigue metiendo de un material cuya existencia ni siquiera debería conocer, y las chicas le limpiarán a lengüetazos de tanto en tanto, como gatitas que lamen un cuenco de leche.

Me parece que en este puto hotel se suicidó un actor americano, les dices a los otros, en el machino. Cómo se llamaba. Uno antiguo.

Qué, te dice el Cid. Se vuelve un momento hacia ti desde el asiento del copiloto. No se le ve muy bien la nursa, todas las luces del coche están apagadas, pero con más luz se distinguirían sus nodos hundidos, cada vez más secos y muertos, cuando erais ñatos no los tenía así, tenía los más bonitos del gol sur, limpios y claros, de un azul raro, como amatista. Con aquellos nodos impregnados de voluntad se camelaba a todo el mundo, empezando por ti.

Que aquí se... Da igual.

El Cid te da la nuca y vuelve a mirar hacia el hall del hotel.

Elías, el Microbio, sentado con las manos al volante pese a que lleváis una hora aparcados, se carcajea en voz alta y dice:

Al pijo ese le 'amos a reentar el gulo, y a las butas las re'entamos tamién. ¡Las re'entamos!, grita. Luego vuelve a soltar su risita asquerosa. Como si tosiera, a-jó a-jó a-jó. A ti esa risa te resulta muy molesta. Y su acento es peor, habla como un perro que hubiese ido a clases de dicción pero a

una mala escuela. La mayoría de las veces cuesta descifrar sus exabruptos, y eso que venís de lugares parecidos, tú y él.

El Microbio sorbe por la naka. Mueve los lipos, incapaz de desconectar el pensamiento de los músculos del habla. Tú, al observarlo, te dices que lo más posible es que carezca de autoconciencia, como una bestia. Elías no solo es un subhumano sino que, peor, ni siquiera sospecha serlo. ¿Cómo podría aspirar a otra cosa, el infeliz, sin tener conciencia de su situación actual?

Piensas cosas así a menudo. Pero te las callas, porque no quieres morir.

Microbio es uno de los cachorros. Los ñatos como él acaban de entrar en la organización, no están fichados, vienen por canales de grada, desde lo más bajo. Vuestra *cantera*. Si te acercas a ellos te volverá a golpear en la nursa un olor que no puede lavarse. La Mina, Baró de Viver y Sant Adrià. No te extraña que estén dispuestos a hacer *lo que sea* para salir de la mierda. Matarían por tener un machino como este, en el que estáis montados. Es del Cid. Alfa Romeo Giulia, personalizado. Color cereza, como el que tenía Mussolini. Tú conduces un BMW M850i xDrive Coupé First Edition. Lo pillaste hace un año en un color que se llama *Frozen Barcelona blue*. Barna, de propina. Fútbol Club Barcelona, el único club de la ciudad desde 1899, y si no te gusta te piras. Cambio automático de ocho velocidades. Se pone a doscientos en nada, ni le habías pisado, una puta bestia, ciento sesenta mil euros, más que muchas casas, nen.

Memorizaste esa mierda como un mantra, en el mismo concesionario, y desde entonces lo repites cada vez que alguien monta en él. Si quieres que piensen que eres como ellos tienes que rosmar como ellos.

Ya salen, dice Diego. Diego Sáez. Sentado a tu izquierda. Estabais todos mirando por las ventanillas, mirando en *tiempo real* cómo salían el gallego y las jinchas, pero ha considerado que convenía echaros un cable. Analizas su nursa. Lleva poco en Lokos. Se enfrentó él solo a varios Bukaneros, no hace mucho. Aquel día los capitanes no estabais, tenéis un dialo del que ocuparos, hay familias que dependen de vosotros, como dice el Cid. Perdisteis, dentro del campo y fuera de él, pero el chaval reventó a tres. Nada mal para un primerizo, te dijo el kapo. El mensaje quedó allí, diáfano, en los tres cuerpos amontonados sobre el asfalto de Vallecas, y también en la esvástica que pintó en la tapia de al lado, junto al nombre en mayúsculas, LOKOS FCB.

El gallego empieza a descender los escalones exteriores del hotel, las morenas siguen pegadas a él, qué locuacidad arrastran, se conoce que les ha puesto un par de gordas. Suma y sigue, desgraciado. Esperas, de todo corazón, que haya usado *mucha*.

Empieza el canacán, dices. Nadie ríe, en el interior del machino.

El gallego continúa andando con las puntas de los pies, y a cada paso que pisa tienes más ganas de combarle la nursa.

Diego Sáez echa mano a la palanca de la puerta. El Cid solo tiene que susurrar *cht* para que el gilipollas se quede congelado. Como su jodido perro. Está tan ansioso por hacer puntos que sería capaz de decapitar a su hijo a dente-lladas.

*Hijo*. Ni siquiera sabéis si tiene. No sabéis mucho sobre él, la verdad. Eso te altera. Es una aberración de tu código de autopreservación. ¿Cómo puede ser que este tío esté en el machino con nosotros y no sepamos Cada. Detalle. De. Su. Puta. Vida?, le dijiste al kapo, hace unos días. No sé, imagina que es un puto gosso, o un chota, yo qué sé, Cid.

Tu examigo, aquel día, te contestó con una de sus machadas. Si fuese un gosso ya le habría olido y si fuese un perico ya lo habría jodido, dijo, y tú, para tu vergüenza, te reíste, jua jua jua, superbueno, loko, putos pericos, son escoria social, le dijiste, mientras por dentro te fustigabas por pusilánime, por subalterno, y luego, ya más calmado, planeabas revisar el currículum de cada nuevo miembro, comportaros de una vez como una empresa. Porque, joder, es lo que sois.

Pasamontañas, susurra el Cid. El Microbio se lo pone, Diego Sáez se lo pone, pero cuando llega tu turno pinzas el pasamontañas con dos dedos y le dices al Cid ¿tengo que ponerme esta mierda en la clepsa, Alberto? El payaso ese no va a denunciarnos, y esto no sé quién pollas lo ha llevado antes, loko.

Te lo acercas a la naka. Lo apartas, exageras una mueca de tragabolas.

Además, huele a ano, le dices. Y ni siquiera es el mío.

Esto, ahora sí, despierta un coro de carcajadas. Excepto del Cid. Póntela y chápala, Amador, no me toques los huevos ahora, te dice. Y los demás, menos risitas u os reviento la nursa.

Tú cierras la muza y te colocas el pasamontañas. Qué coño vas a hacer, para algo es el kapo. Cid se coloca el suyo. Salís los cuatro, a la vez, del machino. Los golpes de las puertas cerrándose. Pam-pam-pam-pam. *Dulce música.* Nunca te aburre esta parte. Ni treinta años después.

Rodeáis el Alfa Romeo y echáis a andar. Unas cuantas palmeras, varios cipreses, bosques de pinos, un par de abetos foráneos. Cruzáis la calzada en U que hay frente al hotel, el Cid al frente. Capitanes y cachorros sabéis que si el kapo lidera nadie hace nada hasta que él hace algo. Cada paso suyo es una zancada olímpica, los dos brazos inmóviles a ambos lados de su cuerpo, clepsa baja, como lista pa-

ra embestir, cejas unidas en dragón chino, se le ve la cola del viejo escorpión tatuado a un lado del cuello, saliendo de su camisa.

El gallego os ve al fin. Su muza y sus nodos, incluso las aletas de la naka, crean un nuevo lenguaje. Puedes visualizarlo de joven, paseando con sus Nautimoc, de puntillas, por un bulevar de La Coruña, su melenita engominada, su cazadora Top Gun con el cuello subido, los 501 etiqueta naranja. Su vida está tan encauzada que parece transcurrir sobre raíles. Solo tiene que apretar la palanca de acelerar y ralentizar. Nunca estará perdido, nunca se verá en la cuneta con la nursa destrozada, nunca perderá todo lo que tuvo, nunca le abandonarán los que le quisieron. Sus padres y novias y jefes y amigos y familiares e hijos le adoran. Incluso sus empleados. La suegra. No dejaron de repetirle, desde el día en que nació, que podía ser lo que quisiera. Que el mundo estaba allí para que lo tomara, como un albaricoque maduro del árbol.

Y ahora vosotros agarraréis eso, ese ser perfecto, y acabaréis con él. Descarrilaréis su vida entera. Haréis que deje de ser quien es y le transformaréis en otro. En oveja, en cerdo, en serpiente asquerosa. Tenéis ese poder. Como dioses griegos.

El Cid se le planta delante. La nursa del gallego es ahora de color melón galia. Una de las dos jinchas, la de la izquierda, se separa de él. A la otra, que acaba de decir Qué pasa aquí, el Microbio le cruza la nursa con el dorso de la mano. Va al suelo de culo, pone las dos manos atrás para parar el golpe, se le salta una sandalia y se raspa las palmas contra la gravilla. Se mira las manos en un acto reflejo, aunque debería ser la menor de sus preocupaciones. Le sangran, unos pocos rasguños, guijarros incrustados en la piel. Se queda allí, al pie de las escaleras, junto a un cactus de aloe, con un pie moreno descalzo y sangre en la naka. Tenía una muza enorme llena de dientes rectilíneos, pero ahora se le ha empequeñecido.

Su amiga, que aún está en pie, empieza a emitir un sonidito, la antesala de un gimoteo. No va a socorrer a la otra, te das cuenta al momento.

Dile hola a la competencia, te dice el Cid, volviéndose hacia ti, sus nodos son pequeños y mate, y el pasamontañas impide que veas su muza, pero imaginas que lleva la sonrisa de bribón de cuando erais skinheads, solo que disecada. Le devuelves la sonrisa. El kapo no la ve, porque tú también llevas puesto el pasamontañas.

Hola, competencia, le dices al gallego, sin moverte de tu sitio, las manos en los bolsillos. Te gusta nuestra farlopa, ¿verdad? ¿Te gusta coger lo que no es tuyo? ¿No te dijo tu madre que no se jugaba con las cosas de los dem...?

El Cid se vuelve hacia el gallego y le suelta una gleba de puño cerrado. Plam, en pleno nodo. No se ha contenido pero tampoco lo ha puesto todo. El gallego trastabilla, choca de clepsa contra la jincha que permanecía en pie, están un momento a punto de caerse, ella le sujeta con ambas manos, se palpa el chichón, luego le mira con desprecio.

Al gallego se le va toda la melenita a la nursa, sus cejas se curvan, el lipo se le pone temblón. Te había mosqueado que el Cid interrumpiese tu discurso de gángster sarcástico, pero ahora tienes ganas de carcajearte. Los capitanes ya nunca nos ensuciamos las manos, es una lástima, piensas. El kapo dice que hay en juego demasiado gueldo y territorio, pero hoy nos daremos un homenaje, como dicen los civiles. Por los viejos tiempos, ¿no?

El gallego está atado de muñecas y tobillos, con bridas negras de plástico, a una silla de cuero despanzurrada. Polvo y fango cubren cada superficie del despachillo. Huele a arcilla y metal descascarillado por el óxido. La fábrica de cemento lleva años abandonada.

De niño la veías desde la carretera, cuando pasabais por Molins de Rei. Iluminada e inerte allí arriba, en la ladera.

lbais en algún camión robado, el viejo y tú, y aplastabas la naka contra la ventanilla e imaginabas que la fábrica, con aquellas luces nocturnas, era un gran robot-animal durmiendo, un bruto mecánico que podía despertar en cualquier momento.

Ahora no hay más luz que la linterna de pie que trajo tu hermano. Son las diez o diez y media de la noche. Haces el gesto de mirarte la muñeca, pero allí no hay más que piel. Una vez se te saltó el Hublot al soltar una gleba y se hizo mierda en el suelo y el Cid te metió una bona, delante de varios subalternos. Juraste que no volvería a sucederte.

Os llevó unos diez minutos meter al gallego a glebas y patadas en el Alfa Romeo del Cid, y luego tardasteis diez más en hacer el trayecto desde Castelldefels, por la carretera de Sant Vicenç, hasta aquí. Sin incidencias, a ciento sesenta por hora.

¿Las jinchas? Nadie las recuerda. No dirán nada, ni siquiera llamarán a los gossos. Las dos tomaron bona nota de los nodos del Microbio, tras el pasamontañas. Vieron su futuro entero allí, como las diapositivas de aquellos cacharros que teníais de niños. Clac clac, violación grupal, clac clac, glebas en la muza, clac clac, cadáveres enganchados a las cañas del Llobregat, pieles del color de pies de cerdo hervidos.

Elías se arranca el pasamontañas, el Cid dijo que adelante, que daba igual si el imbécil nos veía, qué cojones iba a hacer, ¿denunciarnos? Tú, que has conseguido superar la aversión, te lo dejas puesto. Para qué arriesgarse. Observas al Microbio. Con la luz crepuscular parece aún más malo. Tiene la nursa hecha de sombras y cantos, como un monte escarpado. Es el único cachorro que aún lleva la clepsa rapada al cero, a la antigua. Con un par de movimientos de brazos y contorsiones de torso se arranca el polo Stone Island y lo arroja al suelo, que está lleno de mierda. ¿Cuántos años tendrá? Veinte máximo. Su pecho es como el del lu-